

ción calmará los pesares de tu alma, voy en seguida.

Al cabo de un instante regresó *Niania* con el deseado permiso. La hora de las vísperas no estaba muy lejana. Antonia se despojó de su traje de fiesta, quitándose con ira la cinta que le puso su madre en el pelo, y frotó bastante rato el lugar en donde se posaron los labios de Titolof. Luego esperó á *Niania*.

A eso de las siete se presentó la criada, trayendo la pelliza de la joven, quien se la puso en seguida. Salieron, y al doblar la primera esquina detuvo á Antonia cogiéndola por la manga.

—Equivocas el camino, querida mía, la iglesia no está por ahí.

—Ya iremos á la iglesia después, sígueme.

Niania dió algunos pasos, se veía obligada á correr para mantenerse á la altura de su ama.

—Pero, hermosa mía, ¿dónde vas?—le preguntó con temor.

—Has dicho que darías tu salvación eterna por salvarme, sígueme y no preguntes nada—repuso Antonia.

Niania bajó la cabeza sin replica. Antonia atravesó dos ó tres calles amplias penetrando sin vacilar en un callejón sombrío. ¡Había sentido placer pasando tantas veces delante de aquella casa en su solitario invierno! Entró en una casa humilde y limpia; subió una escalera de piedra, y en el piso segundo llamó con fuerza. Se abrió la puerta y un rayo de luz fué á reflejarse en el semblante de Antonia, libre ya del capuchón.

—¡Antonia, Dios te envía, ¡bendita seas!—exclamó Dournof estrechando á la joven en sus brazos.

Niania cerró la puerta cuidadosamente siguiéndoles al salón.

VII

El saloncito á donde Dournof llevó á Antonia era una pieza fea, como suelen serlo las que se alquilan amuebladas. Algunas plantas de follaje vistoso, puestas en las ventanas, intentaban aunque en vano, darle alegre aspecto. Una mesa recargada de papeles; en el suelo un montón grande de libros y de carpetas; un vaso medio lleno de te en un ángulo de la mesa; tal era el departamento ocupado por el joven.

Pero en aquel instante estaba muy lejos de las miserias terrenas. Tenía á Antonia apoyada contra su pecho, no guardando en él, ni odio ni rencor, tenía una fe ciega en la mujer que tan espontáneamente venía á consolarle.

Así permanecieron durante un minuto sin pensar en hacerse una caricia; *Niania* permanecía de pie al lado de la puerta, les miraba y lloraba en silencio; la energía con que se buscó esta entrevista, el entusiasta acogimiento, todo le probaba cuán grande y profundo era el amor que unía á los jóvenes.

Al fin Dournof se separó de Antonia presentándole una silla. 'El divan estaba lleno de papeles, como todo lo demás.

Después se sentó ante la joven. *Niania* seguía de pie, estaba acostumbrada á sostenerse en esta posición, pues nunca se sentaba ante sus superiores.

—He venido—dijo Antonia con temblorosa entonación—pues quería hablar con usted á todo trance,

mi madre le ha ofendido, y vengo á pedirle perdón.

Dournof se preocupaba muy poco de las ofensas de los demás, mientras contase con el amor de Antonia.

—No podremos vernos;—añadió la joven—mi madre ha dicho que no saldré nunca sin ella; hoy he pretextado ir á las vísperas... Esto es bueno para una vez.

Se calló; la idea de no ver más á Dournof le era tan dolorosa que le hacía olvidar los demás peligros, incluso su proyectado enlace.

—¿Pero á qué viene todo esto?—preguntó el joven.

—Titolof me ha pedido por esposa—respondió Antonia fijando los ojos en él.

—¿Y qué?

—Le han concedido mi mano.

—¡Esto es imposible!—exclamó Dournof saltando de su asiento.—¡No pueden hacer eso!

—Pues lo han hecho.

—¿Y tú no te has resistido?

—He dicho á mi madre que moriría antes que casarme.

—¿Y que te ha contestado?

—Que todas las jóvenes dicen lo mismo, y que á ella le sucedió igual.

Dournof se puso á pasear por la estrecha habitación alumbrada por una sola bujía. Se cruzó de brazos inclinando la cabeza sobre el pecho, para comprimir todo el dolor de su alma. Dió unas cuantas vueltas por la habitación y se detuvo ante la joven.

—Antonia—dijo—aun tengo dinero; partamos en seguida, mi madre te acogerá bien y á su lado nos casaremos, ¿quieres?

—No—respondió la joven dirigiéndole una mirada desgarradora.—Me han amenazado con maldecirme.

—¡Maldecirte! ¿Y con qué derecho? ¿Con qué de-

recho esa madre impía que pretende sacrificar á su hija á su orgullo, á su interés, puede maldecir al corazón leal que no quiere venderse? ¡Te maldecirá, pero Dios no la oirá!

Antonia se retorció las manos, y no respondió.

—¿Vas á casarte con ese hombre ridículo?

—No—repuso la joven.

—Bueno—exclamó Dournof paseándose por el salón;—desde hoy abandonaré mis trabajos para buscar una colocación en un ministerio.

—No quiero que lo hagas—repuso Antonia con autoridad.

—¿Por qué?

—¿Por que no es esa tu carrera; yo no me casaré contigo si te veo flaquear. Cuando uno tiene una idea verdaderamente grande no se abandona ni por una fortuna ni una mujer. Se sufre y hasta se muere por ella.

—¡Antonia—exclamó Dournof arrodillándose á sus plantas,—eres más que una santa, eres una mártir!

La joven movió tristemente la cabeza y su mano fué á posarse en los rizados cabellos de Dournof, que seguía de rodillas.

—Te amo—le dijo—y quiero que seas grande.

—¡Entonces, sígueme!—replicó el joven con impetuosidad.—Yo no he de ser grande si nunca he de ser tuyo; sin ti no existe mi vida.

—Has trabajado antes de conocerme y antes de amarme—le repuso con dulzura.—El fin que persigues no ha desaparecido.

Dournof se levantó y le dijo suplicante:

—Vales mil veces más que yo, pero ya lo sabes, Antonia, antes de conocerte, yo no era más que un niño. Ahora soy un hombre, ¿sabes lo que me hace feliz? Es el firme pensamiento que tú has puesto en mi vida. Desde el día que prometiste casarte con-

migo mi alma ha cambiado; he pensado en el hogar que debía preparar para recibirte, en las dificultades de la vida; he rechazado por indignos muchos pensamientos que sin ti me hubieran parecido buenos. Cuando se es joven, uno se deja tentar con facilidad, no he querido decírtelo para que nada turbase tu tranquilidad, y además, estaba seguro de tu contestación. Muchas veces se me ha propuesto dinero por arreglar asuntos de una índole que tú no puedes sospechar. En aquel momento yo era muy pobre; una vez, era por tu cumpleaños, yo me devanaba los sesos buscando la manera de poderte ofrecer algo; era preciso sucumbir, pues el asunto en apariencia era honroso; pero la suma que me ofrecían me pareció demasiado grande para pagar el simple cumplimiento de mi deber... Tuve desconfianza y me negué... Tú no sabrás nunca cuán pobre era yo en aquel instante y lo grande de mi tentación!... Pues bien, me negué, tuve valor para ello, no fué porque mis principios y mi educación me lo impidiesen... Fué porque te amaba, y si me hubieras preguntado de dónde procedía aquel dinero no hubiese tenido valor para decirte toda la verdad. Tu conciencia es la mía, hasta mi propio honor! Ahora dime si yo puedo vivir sin ti.

La joven fijó sobre él sus ojos anegados en lágrimas, pero eran de orgullo y de placer.

—¡Ah—exclamó—tú me consuelas de todos mis pesares!

Se miraron extasiados un instante, olvidando todas sus penas.

—Eres un hombre de bien—dijo *Niania* con temblorosa voz.

Los jóvenes se estremecieron, se creían solos y aquella voz les llamaba á la realidad.

—¡Ah!—suspiró Antonia—los hombres como tú son raros. Será para mí motivo de eterno placer el

que me ames. Pero, oye, Feodor, hay otra cosa más importante que el amor de una mujer... ¿No has hablado de la patria? ¿No has dicho que tiene necesidad de corazones adictos, de servidores desinteresados? ¿No es ya tiempo de que la lepra de funcionarios que la corroen se sustituya por espíritus firmes que trabajen por nada ó por muy poco, por el honor de la patria? ¿No quieres tú ser de estos?

Dournof estrechó con fuerza las manos que le tendían.

—Y bien, renuncia á mí, ama á Rusia... y ella te lo pagará.

—Yo no renunciaré nunca á ti—repuso Dournof con tranquilidad.

—¿Y si mis padres siguen oponiéndose?

—Te arrebataré y á su pesar me casaré contigo.

—Feodor, tú no harás eso, mi madre me maldeciría.

—¡Qué importa!—exclamó el joven con cólera.

—Yo moriría, pues hasta el pensamiento de semejante vergüenza me es insoportable.

La joven se calló, inclinando la cabeza sobre el pecho.

La voz de *Niania* retumbó en la habitación mal alumbrada; aquella voz procedente de una boca que no se veía, adquirió un acento casi profético.

—¿No te da vergüenza querer arrastrar al mal á nuestra casta paloma?—decía—¡Tú sabes que no hay casamiento agradable á los ojos de Dios, si los padres niegan su consentimiento, aunque un sacerdote le bendiga! ¿Por qué quieres seducir un alma tan pura? Ella habla bien y tú piensas mal. Tú hablabas bien hace un momento y ahora estás dominado por el espíritu del mal.

Niania se calló; los jóvenes, que habían soltado sus manos, permanecían con la cabeza baja como si fuesen dos culpables.

—Adiós—dijo Antonia sin atreverse á fijar los ojos sobre su amante.

—No, adiós, no; tú serás mía ¿comprendes?—repuso el joven—Y si tus padres te obligan á casarte con Titolof, no tendrás fuerza para resistirte, y en cambio la has tenido para mí. Cásate con Titolof, por eso no dejarás de ser mía. Yo arrebataré á la señora Titolof, ya que Antonia Karzof no ha querido ser mía.

La joven lanzó un grito y cubriéndose el semblante con las manos dió un paso atrás.

—¡Vergüenza, vergüenza para ti, hablas como un sacrílego!—exclamó *Niania*.

—¡Tanto peor!—gritó Dournof fuera de sí—los que hacen el mal sin disculpa viven y prosperan; nosotros viviremos y prosperaremos igual que ellos; ¡nosotros hemos querido obrar bien y nos obligan á hacer mal!

—¡Hablas como un insensato!—replicó *Niania* sin moverse de su puesto.—Si tu madre te oyese hablar así, renegaría del hijo de sus entrañas que ofende á Dios y á la mujer que ama.

—¡Perdón, perdón! soy un desgraciado, tanto, que quisiera morirme. ¡Perdóname Antonia!

Antonia, tendiendo la mano sobre él, hizo en el aire y sobre su pecho la señal de la cruz, diciendo:

—¡Que Dios te dé la paz; yo trataría de recobrarla si supiese que no eras tan desgraciado!

—¿Entonces, tú no quieres...?—dijo Dournof estrechándola contra su corazón.

—Nunca, sin el consentimiento de nuestros padres.

—Yo se lo pediré otra vez, á pesar de su grosería y de su injusticia..

—Y no te lo concederán. Es á un general á quien quieren por yerno.

—¿Y tú qué harás?

La joven sonrió de extraña manera.

—Nada temas, no se me casará en contra de mi voluntad. Te juro que no seré esposa de Titolof.

—No jures—exclamó *Niania*.—Nadie puede responder de sus actos.

—Yo juro—exclamó Antonia, arrodillándose ante la imagen que había en un rincón.—Juro por segunda vez no ser de nadie más que Dournof.

—Y yo—repuso el joven estrechándole una mano—juro ser de Antonia hasta la muerte.

—¡Esto no está bien, no está bien—repitió *Niania*.—¡No hay que hacer juramentos! Ven, paloma mía, ven á la iglesia á pedirle á Dios perdón de este pecado. Y tú, Feodor, no hables tan pronto bien como mal, tu alma aun no está libre de las asechanzas del demonio. Nosotras rogaremos á Dios para que te ilumine.

—Adiós—dijo Antonia con amor.—Adiós hasta que la voluntad de Dios nos reuna.

—No tardará mucho—replicó Dournof—de una manera ú otra...

—Nunca—replicó Antonia—sin el permiso de mi madre; ha dicho que maldeciría á mis hijos... jamás...

Se abrazaron estrechamente; pero sin besarse. Aquellos seres puros y orgullosos, tenían enternecerse. Se separaron, Antonia pasó por delante de *Niania* y ésta la siguió, después de haber hecho el signo de la cruz como si saliese de un lugar sagrado.

Dournof se quedó solo, miró un instante á la puerta que no pensaba cerrar. Le pareció que toda su felicidad, toda la sangre de sus venas se habían ido con ella. Un estremecimiento agitó su ser y cerró la puerta.

Después se sintió más solo que nunca, poniéndose á llorar con amargura.

VIII

Pasaron los días; la señora Frakine fué á ver á Antonia, se asombró de hallarla delgada y á la vez fresca, sus ojos tenían un nuevo brillo, sus mejillas tomaron tintes sonrosados, que hasta entonces nadie había contemplado en aquel pálido semblante.

—¿No tiene fiebre?—preguntó á la señora Karzof al irse Antonia.

—No, ¿por qué quiere usted que tenga fiebre?

—Esas jóvenes suelen á veces estar enfermas cuando se cree gozan de buena salud—dijo la anciana no sin titubear.

—¿Qué le puede suceder á mi Antonia?

—¿No me ha dicho usted que amaba á Dournof?

—¡Eso es una niñería! ¡Hace tiempo que ya no piensa en él!

La señora Karzof mentía á sabiendas, pues todos los días al darla las buenas noches Antonia reiteraba sus súplicas. La señora Frakine también sabía que aquella contestación era una mentira, pues Dournof le había revelado el secreto suplicándole diese á la joven noticias suyas, con tanta frecuencia como le fuese posible, ¿pero para qué refutar las mentiras de los que no quieren comprender la verdad?

—Entonces—dijo la señora Frakine—la casaréis con Titolof.

—Antes de cinco semanas, en seguida que termi-

nen las Pascuas se hará la boda. Mi yerno sabré hacer estas cosas muy bien.

—¿Y Antonia qué dice?

—¿Qué quiere usted que diga? Las jóvenes nunca dicen nada.

—Yo me acuerdo que en mi juventud en estos asuntos solía tomar alguna parte el corazón—dijo la señora Frakine.

—Eso era antes, ahora se procede con más decencia.

—Vamos, ¿así usted no se ve obligada á llamar á su futuro yerno cuando Antonia se aleja de usted?

—No sé cómo puede usted tener ideas semejantes, querida mía; mi yerno es un hombre correcto que no permite libertades.

—¡Tanto peor!... perdón, quise decir tanto mejor. ¡Ah! ¿no se permite libertades? está muy bien. ¿Y Antonia qué dice?

—Ya le he dicho á usted que nada.

—¡Ah! comprendo, entonces es él ¿y qué dice?

La señora Karzof movió los hombros, pero su amiga no tenía intención de dejarla tranquila hasta arrancarle todas las noticias que deseaba de Antonia.

—¿Pero á su futuro yerno no le gustaría conversar un poco con ella?

—Ya le he dicho que Titolof es un hombre muy correcto; por consecuencia no puede por menos que aprobar esta reserva, que el buen tono recomienda siempre, hoy, lo mismo que antes.

Después de vengarse con esta puya, que creyó muy acerada, la señora Karzof se dispuso á hablar de otra cosa; pero su amiga se lo impidió.

—Sí—dijo con fingida candidez—usted quiere decir que mi pobre esposo difunto y yo, no éramos personas de alta categoría... mi padre era el conde Dézérof, sin embargo, entre nosotros, siempre hubo

franqueza, y de padre á hijo, como de madre á hija, hubo la mala costumbre de casarse por amor... esto es de muy mal tono. Entre las personas elevadas son preferibles los matrimonios por contrata, siempre es mucho mejor y no me canso de decirlo. A propósito, ¿de esa boda conservará usted dulces hasta la primavera? ¡Figúrese usted que yo ya he acabado los míos! Es verdad que hay muchos jóvenes que ayudan á comérselos.

La señora Karzof comprendió la intención de estas palabras, buscó en su mente algo que responder y su amiga se fué antes que lo encontrase.

En efecto, Antonia seguía sin cambiar una palabra con Titolof. Otro hombre se hubiese hallado cohibido; pero el general no era de los que se emocionan por tan poca cosa. Sabía que estaba vacante una buena plaza; le era necesario hacer una buena boda para ocuparla; un hombre casado inspira más confianza á todo el mundo y sobre todo á sus superiores, sin que se sepa por qué; pero en ciertos casos es preciso ser casado. Titolof se puso en campaña; es decir, rogó á la mujer de un amigo suyo que le buscase una esposa bonita, con regular dote, y sobre todo muy bien educada, con todos los conocimientos necesarios á la esposa de un dignatario.

Titolof no era malo, pero sí bestia, y esta desgracia no se le puede imputar como un crimen, es sólo una falta, y á pesar de los esfuerzos que hizo no pudo corregirse. La benigna Providencia en vez de talento le dió un inalterable dominio sobre sí mismo. Era optimista, sobre todo en lo referente á hallar á Antonia perfecta. Hasta entonces no había hecho la corte más que á mujeres completamente indignas; no sabía cómo portarse con una joven decente, y prefería por esta razón conversar con sus suegros.

Tal era el esposo que los Karzof eligieron para su hija.

Antonia había pensado suplicar á Titolof retirase su petición, pero la brutalidad y necedad de éste le demostraron de antemano que era inútil su tentativa. ¿Qué le quedaba que hacer?

Esto era lo que se preguntaba todas las noches, durante los únicos instantes que podía estar sola. *Niania* iba entonces á sentarse junto á su lecho llorando silenciosamente al ver los amargos pensamientos reflejados en el semblante de su querida joven. La anciana no tenía necesidad de conversar con ella para saber la causa de su dolor. Adivinaba las emociones de su alma, sólo con el fruncido de las cejas, la agitación de sus manos febriles ó la completa inercia.

¡Morir! ¡A los diez y nueve años! La primera vez que Antonia analizó este pensamiento, hasta entonces no tomado en serio, tembló de espanto sin atreverse á abordarle. Pero poco á poco, la muerte sangrienta ú odiosa desapareció de su imaginación, para dar paso á la muerte poética, lenta, rodeada de cuidados; es la muerte que pone una aureola en la frente de las jóvenes, que parece un paso insensible de la tierra al cielo, en la que no se ven los sufrimientos y que permite que el alma se separe con dulzura del cuerpo.

Durante aquel año la cuaresma fué extraordinariamente fría; Antonia, devorada por la fiebre, adquirió la costumbre de tener abierta su ventana todas las tardes para refrescar el aire templado de las viviendas rusas. *Niania* tenía cuidado de cerrarla, pero mientras estaba cenando en la cocina, Antonia la abría poniéndose á contemplar las estrellas, recibiendo con delicia el aire frío que refrescaba el ardor de su sangre. Al menor ruido cerraba la ventana como si cometiese un crimen.

Al cabo de algunos días se declaró en ella un poco de tos y la fiebre aumentó; su madre la obligó á guardar cama.

Antonia obedeció sin resistirse, pues Titolof no iría á verla á su habitación; vino el médico, hallándole en el pecho una ligera irritación, prescribiendo una pócima que la señora Karzof le daba con su propia mano. Al día siguiente Antonia se encontró mejor; pudo levantarse y lograr permiso para salir los días siguientes á condición de que tomase unos polvos que le había recetado.

Titolof mostró vivo placer viendo restablecida á su futura, le llevó un magnífico ramo de flores y un palco para el circo, única diversión permitida en cuaresma, pues hasta hace poco, durante esta época, los teatros estaban cerrados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

Llegó el día señalado; Antonia recibió orden de vestirse antes de la comida, y la cocinera, avisada de antemano, tuvo que espavilarse para prepararlo todo para las cuatro; así es que apenas eran las tres cuando la señora Karzof entró en la habitación de su hija.

—Niania, quiero cintas color de rosa—dijo á la sirvienta.

Esta refunfuñando, fué á buscarlas á la caja de cartón en donde se guardaban todos los cintajos, y Antonia se quedó sola con su madre.

Con gran sorpresa de ésta se quitó el peinador que tenía sobre los hombros y se levantó.

—Madre mía—le dijo,—yo la conjuro á que no cause usted mi desgracia. No le pido que me case con Dournof, pero por favor no me haga usted esposa de Titolof.

La señora Karzof movió los hombros. Esta frase, con distintas variantes, la oía todos los días.

—¡Madre mía—repitió Antonia,—hoy se lo pido á usted por última vez!

—Me alegraré que así sea, pues me molesta oirlo.

—No sea usted inflexible, mi querida mamá—replicó Antonia haciendo un esfuerzo sobrehumano para aparecer respetuosa.—No quiero casarme con Titolof, puesto que me es insoportable.

—Un muchacho tan encantador.

—¡Es horriblemente fátuo y bestial

—Yo le encuentro espiritual ¡pero parece que los hijos han de tener más talento que sus padres!—dijo la señora Karzof con cierta ironía y porque en efecto hallaba encantador á su futuro yerno.

—Pues bien, mamá, seré yo quien esté equivocada; soy una joven fantástica, caprichosa, injusta; pero tal como soy, soy su hija, usted me ama, yo la amo á usted... y detesto á Titolof.

La señora Karzof, que se había mostrado indiferente cuando su hija le hablaba con calma, esta vez se emocionó y la hizo sentar á su lado, acarició sus largos cabellos diciéndole con dulzura:

—Mira, hija mía, serás muy feliz, os iréis á N...

—¿Marcharme?—exclamó Antonia con terror. Hasta entonces creyó que Titolof debía quedarse en San Petersburgo.

—¡Y bien! ¿En qué piensas, no lo sabías? ¡Hace quince días que hablamos de esto!

¡Ay! era verdad; pero Antonia nunca oía lo que hablaban sus padres y su futuro; sus palabras eran para ella un murmullo monótono, que servía de acompañamiento á sus ideas. Aquella noticia fué el último golpe.

—¡Querida mamá, yo no quiero separarme de su lado! Mi padre es viejo, me ama, ¿quiere usted causarle el dolor de que no vea á su hija?

Hizo lo que nunca había hecho, besar la mano de su madre, lloró, suplicó...

—Mira, Antonia,—dijo la señora Karzof emocionada—si ya no fuese cosa resuelta de antemano retiraría mi palabra; pero ahora es imposible, todo el mundo se sorprendería, tu ajuar está hecho, las invitaciones preparadas, ya no tienes más que probarte el traje de boda... ¡Es imposible, querida, reflexional

Antonia abandonó su posición suplicante.

—¿Usted lo quiere?—dijo con voz temblorosa—sea, pero ha de arrepentirse amargamente.

—¿Me amenazas?—exclamó la señora Karzof—¡Y yo que me apesadumbraba de este matrimonio en este instante! ¡Qué necia es una creyendo lo que dicen las muchachas. Niania—dijo al ver entrar á la criada,—ponle las cintas color de rosa y quiera ó no, trata de que esté bonita.

Después salió con majestad de la habitación, no sin censurarse aquel momento de debilidad.

—Niania—dijo Antonia con tristeza,—ponme tan bonita como puedas, para que los demás guarden un buen recuerdo de mí, cuando yo ya no exista.

—¿Qué dices, paloma mía?—exclamó la anciana con terror.—No hables de morir á tu edad... ¿Es que á los veinte años se puede pensar en la muerte? ¡Contempla los míos que me cuestan trabajo soporitar y que Dios no quiere que descansen! ¡Morir! ya nos queda tiempo, á Dios gracias.

Una extraña sonrisa iluminó el semblante de Antonia y se sentó ante el espejo de su tocador; examinó su semblante, del que por regla general se ocupaba poco. ¡Cuánta juventud y vida había en su ser á pesar de la reciente indisposición, cuánto fuego circulaba por sus azuladas venas! Sus pesadas trenzas, sus bien perfiladas cejas acusaban la abundancia de savia de aquel cuerpo encantador. Mientras hacía su tocado, Antonia miraba con atención sus brazos redondos y frescos, sus hombros rellenos coloreados por la fuerza de la juventud; miró la sangre correr y al pensar que pronto yacería en la sepultura, que de nada había de servirle ser bella, las lágrimas acudieron á sus ojos, y las contuvo secándolas con el revés de la mano.

—Llora, hija mía, eso hace bien, pues hace algunos días que sufres—murmuró Niania, acabando de peinarla.

—Ya no tengo tiempo—exclamó Antonia con brusquedad.—Dame el traje gris de lanilla.

—¡El de lanilla! ¡Pero, querida mía, hace mucho frío en el circo! No es lo mismo que un teatro que está bien cerrado y caliente, allí entra el viento por todas partes y hace mucho frío.

—Haz lo que te digo—repuso la joven con imperio.—Mi madre quiere que esté bonita y hay que obedecer.

Niania fué en busca del traje cuyo escotado cuerpo apenas podía cubrir el de la joven. Antonia se vistió con cierto placer y se miró al espejo. Nunca había estado tan hermosa, sus ojos brillaron con una especie de rabia, colocóse una cinta en el talle y al inclinarse ante el espejo murmuró:

—¡Los que quieren morir te saludan!

—Después pasó al salón, en el que Titólof, invitado á comer, aguardaba con bastante paciencia.

—¡Qué hermosa es usted!—dijo Titólof después de saludarla.

—¿No es verdad, general?—replicó Antonia con burlona sonrisa.—Hay que ir bien vestida para presentarse en público.

—¿No tendrás frío con ese traje?—le preguntó su madre con cariñosa solicitud.

—¿Es que se tiene frío cuando uno se va á divertirse? Esta noche pienso hacerlo, desde que empezó la cuaresma he gozado muy poco. ¡En fin, nunca es tarde para empezar!

Nunca había hablado tanto. Titólof la miró con asombro sin atreverse á hablarla. Le parecía que le habían cambiado á su Antonia. Aquélla no podía ser la que nunca decía nada. Se pusieron á la mesa. Antonia, que no bebía más que agua, pidió vino á su padre. Su madre se asombró; temía que su hija hubiese madurado un plan maquiavélico, para hacerse odiosa al general, presentándole defectos que no te-

nía. Pero ese plan muy sencillo y de buena ley, no entraba en la mente de Antonia; su astucia no iba tan lejos. Terminó la comida y se dispusieron á marchar. Antonia, pasando á su gabinete, llamó á *Niania*.

—Vete á casa Dournof—le dijo.

La anciana la miró con atención, pero no leyó nada en sus ojos.

—Vete en seguida y dile que nos veremos muy pronto.

—¿Querida mía, pierdes el seso?—murmuró *Niania* con inquietud.

—Nada de eso, ya sabes que no bromeo nunca. Dile que le amo y que nos veremos muy pronto.

—Obedeceré, obedeceré—repitió *Niania* con tristeza.

Antonia pasó su fresca mano por el arrugado rostro de la sirvienta, después cogió un chal ligero que se puso sobre la cabeza y salió; la esperaban para subir al carruaje y su madre ya la había llamado dos veces.

El palco elegido por Titólof era el mejor de todos, estaba junto á la salida de las caballerizas, y desde allí podía verse, antes que nadie, las maravillas coleccionadas por Bouthers, incluso los monos y los perros. Es verdad que circulaba un viento espantoso cada vez que se abrían las puertas interiores, pero no hay rosa sin espinas; otrá de las molestias, era el sufrir la mucha arena que hacían saltar los caballos; pero cuando se va al circo ya se sabe que hay que tragar polvo.

En aquella época, bastante lejana, las señoras y los caballeros se abrían paso á fuerza de puños para ganar las puertas del circo; pues era aún una maravilla ver bailar sobre el alambre á cuarenta pies de altura, no saltaba ningún gimnasta de un trapecio á otro, sin que las señoras lanzasen gritos de espanto,

temerosas de que se les cayese encima. Los circos, en aquella época, presentaban bastantes caballos, perros, monos y hasta un elefante que era del tamaño de un buey, llamando mucho la atención por su pequeñez, al que llamaban el gigante más pequeño. No había mucha luz y lo que el público perdía lo ganaba la decencia, aunque en otra parte lo perdiese, pues el circo le consideraban como á un lugar peligroso, casi inmoral, al que apenas iban mujeres que pasasen de diez ú once años y para éstas se daban funciones ex profeso.

La llegada de una familia decente y que no frecuentase aquel sitio, hacía que las miradas se fijasen en ella; todos los gemelos se dirigieron hacia Antonia, la cual enrojeció como si sufriese una afrenta; pero pronto se repuso entregándose con indiferencia á la admiración general. El viento colado soplabá sobre sus espaldas casi desnudas. Como es natural, ocupaba el mejor sitio, el más próximo á la puerta. Daba la espalda á las cuádras, y de vez en cuando un estremecimiento agitaba su ser.

—¿Tienes frío?—le preguntó su madre viendo que su semblante palidecía y enrojecía de continuo.

—No, mamá, estoy muy bien.

—Señor Titolof, póngale usted esto sobre los hombros, pues no hay que olvidar que ha estado enferma—le dijo presentándole una manteleta.

Titolof se la puso lo mejor que le fué posible, la joven le dió las gracias, y siguió contemplando la pista. A los tres minutos la manteleta había caído sobre el respaldo de la silla. En el entreacto Titolof les ofreció helados, pues exceptuando cuando penetraba la corriente de aire, en aquel local hacía mucho calor. Le aceptaron; Antonia repitió.—¡Quiere hacerse pasar por golosal—pensó su madre mirándola con reproche, pero la joven no quiso comprender el lenguaje de aquellos temibles ojos y se hizo traer otro helado.

—¿No es eso una imprudencia?—le preguntó la señora Karzof.

—No, mamá—repuso la joven con impaciencia presentando á Titolof su vaso vacío.

La salida del circo es siempre muy lenta. En el estrecho pasadizo de madera se apretaba la multitud; cada vez que abrían la puerta, un aire frío penetraba de la calle. Los caballeros se apresuraban á ir en busca de sus coches que no siempre podían encontrar con rapidez en medio de aquel bullicio.

—El cielo me favorece—pensaba Antonia, y dejó caer de sus hombros la forrada pelliza que los cubría, y con la que ya había tenido tiempo de calentarse.

—¿Qué haces?—le dijo su madre volviéndole á poner el abrigo.—Vas á constiparte.

—Bueno, mamá—replicó Antonia; un instante después volvía á caer la pelliza.

Una mano enérgica colocó el abrigo sobre los hombros de la joven. Antonia se volvió encontrándose con los ojos de Dournof que hacía una hora no la dejaban de mirar.

—Cállate,—le dijo en voz baja,—gracias por tu aviso.

—Vete, vete—murmuró Antonia mientras que su madre, puesta de puntillas, buscaba con los ojos á su esposo ó á su futuro yerno, entre los que continuamente salían del circo.

—¿No puedo quedarme un poco?

—No, no; vete—repuso Antonia angustiada.—¡Aquí no, y ahora menos! .. ¡vete!

El joven le estrechó la mano y fué á perderse entre la multitud. En seguida la pelliza volvió á caer de los hombros de la joven. Por instantes sentía un estremecimiento mortal de pies á cabeza, una especie de opresión extraña se iba apoderando de su pecho; abría la boca para respirar y el aire helado penetraba en sus pulmones.

—¡Ya lo he conseguido!—exclamó la joven con fúnebre alegría, notando que la fiebre se apoderaba de ella.—La muerte compadecida de mí, me libra de mis dolores.

—¡Mírales!—exclamó la señora Karzof precipitándose hacia la puerta—¡Sígueme, Antonia!

Aun pasaron algunos minutos antes de que pudieran acomodarse en el coche. Al llegar á casa, Antonia se retiró en seguida á su habitación pretextando estar cansada y allí halló á *Niania* que la estaba aguardando.

—¿Has visto á tu amigo? Que contento se puso, en seguida se fué al circo.

—Le he visto—repuso Antonia.

—¡Qué voz tan extraña! ¿qué te pasa—exclamó *Niania* con espanto.—¡Estás muy colorada! ¿No has cogido un enfriamiento?

—¡Yo! no. Traeme el te.

Niania volvió en seguida con una taza de te caliente que la joven bebió de una vez.

—Que te vas á abrasar—le dijo la vieja.

—¡Ah!—exclamó Antonia riéndose— qué miedo-sa eres! ¡Te vas á quemar, te vas á constipar! ¿Entre el fuego y el calor no hay término medio?

Niania la miró con fijeza y repuso con lentitud:

—No sé lo que meditas, hija mía, pero no es hoy tu ángel guardián quien te inspira.

Antonia rodeó con sus brazos el cuello de la anciana.

—Ya sabes que no amo más que á dos personas, á Dournof y á ti. Acuérdate de estas palabras.

—¡Ay, querida mía—repuso *Niania* mirándola á la vez con amor y reproche—¡añades un pecado á otro! Dios nos dice ¿honrarás á tu padre y á tu madre y tendrás una vida feliz?

Antonia sonrió, su sonrisa enigmática brilló un instante en sus labios.

—Vete á cenar, me acostaré sola; cuando concluyas vuelve.

Niania obedeció; apenas hubo salido la joven cerró la puerta con llave y corrió la ventana. La reacción producida por el te caliente hizo aparecer en su rostro finas gotas de sudor; se quitó la ropa arrojándola sobre el lecho, y con los hombros y brazos desnudos permaneció de pie ante la ventana resistiendo el frío glacial. De vez en cuando, su cuerpo se estremecía, una palidez mortal se reflejaba en su semblante; pero Antonia, con la firmeza de una mártir, resistía aquel aire mortífero.

Quien se hubiese atrevido á decir á la joven que el suicidio era un crimen, la hubiese hallado sorda; no quería vivir, y no pensaba más que en el *más allá*; además, la muerte que había elegido vendría con lentitud, tendría tiempo de arrepentirse y pedirle perdón á Dios por sus culpas.

En la inmediata habitación, un reloj dió las doce. Antonia cerró la ventana y volviendo á abrir la puerta se acostó con tranquilidad. Apenas estuvo en el lecho se presentó su madre.

—¡Cuánto frío hace aquí!—dijo abrigándose mejor el cuello con su chal.—Esta habitación es una verdadera nevera ¿por qué no haces que te la calienten?

—Bueno, mamá, ya lo haré.

—Hoy estabas muy hermosa, ya ves como debes vestirte, y no como una monja. Titolof se quedó encantado de tu hermosura y amabilidad; veo que á pesar de tus caprichos eres una buena muchacha. Buenas noches.

Se inclinó sobre su hija para abrazarla. De repente los brazos de Antonia se enlazaron alrededor del cuello.

—¿Es que me quieres, mamá?—le dijo con emoción.

—¡Es natural que te quiero! ¿Necesitabas preguntármelo?

Antonia no respondió. sus brazos se apretaron más, y después de un instante dijo en voz baja:

—Bendíceme.

Su madre la bendijo; le hizo algunas caricias y se fué. *Niania* entró en seguida caminando de puntillas.

—Y bien, palomita mía, ¿has hecho las paces con tu madre?

—Sí... la paz eterna—repuso Antonia.

—¡Qué palabras tan extrañas; sólo Dios puede comprenderte!

—Dios solamente!—repitió Antonia.

Un fugitivo enrojecimiento acudía por instantes á sus mejillas; involuntarios estremecimientos sacudían su cuerpo. *Niania* la miró con mucha firmeza.

—¿Tienes sueño?—le preguntó la joven para distraer su atención.

—No—repuso la anciana.

—Yo tampoco. Siéntate aquí y cuéntame algo—le dijo señalándole los pies del lecho.

—¿Y qué quieres que te cuente? ¡Una vieja como yo nada tiene que decir!

—¿Es que nunca te ha sucedido nada?

—Nada que valga la pena de contarse.

—Esto no es posible. Aun no sé si eres soltera, casada ó viuda.

Niania movió la cabeza tristemente.

—He sido casada, pero eso no puede interesarte.

—Cuenta, cuenta. Te lo suplico.

No sin vacilar *Niania* comenzó á referir su historia en voz baja.

XI

—Mi padre, á quien Dios tenga en la gloria, era un hombre alegre y bullicioso, le gustaba trabajar lo mismo que reír y divertirse; me acuerdo que los días festivos volvía á casa cantando y gritando, más borracho de canciones y alegría que de vino. No le gustaba el aguardiente, diciendo que le ponía triste, y cuando bebía algo fuerte era hidromiel y cerveza dulce, pero esto lo hacía pocas veces.

En la casa paterna había una verdadera caterva de hijos. Desde mi más tierna juventud no he hecho otra cosa que llevar un niño en brazos; uno sustituía á otro. Así llegué á la edad en que las jóvenes empiezan á ponerse serias y á mirar si sus cabellos están bien peinados.

Era hija de un campesino y no de un criado, jamás entré en los gabinetes de los señores y ya verás, paloma mía, cómo vine á servir á tu casa. Ya era grandullona cuando se murió mi pobre madre. Era una mujer seria, tanto como alegre era mi padre; me quería tanto que cuando la ví en el ataúd pensé que ya para mí no podía haber ninguna hora buena. Desde aquel momento, á excepción de mi último hermano que tenía doce días, dejé de tener niños en brazos y aun éste creció solo porque yo no tenía tiempo para ocuparme de él y por lo mismo yo lo quise más que á los otros.

Mi padre estuvo triste algunos días, pero su ca-